

El huracan confundia completamente el ruido de sus pasos.

Jorge se detuvo, silbó suavemente. Una voz sorda se dejó oír como respondiéndole allá entre la sombra.

—Towah está ahí, dijo.

—Síguele el bulto! le mandó Jorge Leslie.

Towah siguió por el sendero y se colocó á buena distancia.

—Towah lo sigue ya, dijo para sí.

—A alguna distancia, contestó Jorge, Towah se encontrará con Mohican su enemigo.

El indio no pudo contener el dar un grito de salvaje alegría, y desapareció en la noche. Mientras que Jorge le decia:

—Acuérdate que ofreciste el esperar!

XV

MOHICANO

M. Benito Loyn, propietario, habitaba un local pésimo en Montmartre, calle de San Dioniso á poco andar de donde yo vivia.

Aquel pabellon no tenia en su aspecto mas que su longevidad, y sus puertas estaban cerradas con grandes barras de hierro.

Se prolongaba el muro á derecha é izquierda, sucio, mal construido, mostrando en algunas partes la falta de sólidos cimientos, y siguiendo las formas quebradas de la montaña, el reciuto del señor Benito Loyn, no dejaba de contribuir en gran parte á este aspecto triste y pobre que tiene la calle de San Dionisio.

La propiedad de M. Benito Loyn, era prolongada aunque falta de compostura, servia de puente de salida á un gran terreno, plantados en él árboles feos y raquíticos, todo cerrado de puertas para los juegos que los comerciantes parisienses hacen en el verano para disfrutar así un tanto cuanto de los placeres del campo.

Estos terrenos de Montmartre, faltan en los apuntes ultra-realistas de Henri Ommier, y se los recomendamos verdaderamente.

La reunion de propiedades como esta se llama generalmente una villa.

Las del señor Benito Loyn "el propietario" formaban la villa de Bel-Air, bien conocida por los aficionados á los placeres campestres.

Se veian en la villa de Bel-Air, doce ó quince chozas, dos casas de tres pisos, repartidas de manera que cada una podia contener ocho personas dentro, la renta variaba de tres á cinco francos, escepto las habitaciones amuebladas que solian ascender á mil, pero esas estaban amuebladas con el lujo de un palacio.

El inmueble de M. Benito, le producía poco mas ó ménos cinco mil libras de renta, sin incluir en esto su arreglo que hacia con el carnicero, el tendero, panadero etc., y aun con el agnador.

Las habitaciones tenian un jardincito con su prado, tan grande como un velador, y un cenador pequeño, cubierto de enredadera, con sus rejas de madera pintadas de verde, que los separaban de los muros; aquí está uno como en casa, decia M. Benito Loyn cuando enseñaba su propiedad á algun nuevo arrendatario.

Cada choza estaba construida en el centro de un eden microscópico; un barril que enterraba en el suelo, formaba un estanque cuando habia llovido.

Se veia perfectamente desde cada choza la calle del palacio de San Dionisio.

El viento del Norte que mecia las delgadas acacias, habia hecho que esta parte fuese llamado la villa de Bel-Air por lo escogido de la sociedad, que felizmente se reunia allí cada año.

El señor Benito Loyn se ocupaba de sus propios negocios, era á la vez su criado y

ayuda de cámara. Harpagon tenia á Jacques; pero M. Benito mas sabio que Harpagon, no se fiaba sino de sí mismo.

Bajo su verdadero punto de vista, tenia derecho de creer que Harpagon era un viejo desperdiciado.

Por compañero tenia un enorme perro flaco que habia acostumbrado ya á la dosis, bien económica de un panecillo, Mohicano, llamaba así al perro, siempre hambriento; rondaba por el jardin en la noche y valia por diez hombres armados.

Tres veces á la semana M. Benito lo invitaba á comer en la ciudad, es decir, lo tenia una ó dos horas al rededor del rastro de Montmartre; de otro modo Mohicano hubiera muerto ético.

Durante el estío, los jardines estaban cultivados por un pobre de Clignancourt, quien daba cien francos al año á M. Benito para atraerse la clientela de éste: en el invierno, que abandonaban los comerciantes el campo, unos que se iban á la calle de Ours, otros á la de Baudoyer, M. Benito quedaba solo con su perro Mohicano.

Se entretenia durante el mal tiempo en hacer sus invitaciones, anunciando las habitaciones que poseia y reparando el daño que hubiesen hecho los que las habian ocupado recientemente. M. Benito se habia vuelto pintor, tapicero, carpintero, etc., etc.; en Montmartre se le creia muy rico y los vecinos decian que aquello lo hacia por diversion.

Con nadie trataba, y su perro Mohicano mordía á todos.

Esa mañana, M. Benito Loyn, se habia levantado á las cinco en punto, segun su costumbre, era tan madrugador como laborioso. Una pequeña vela de sebo de doce en libra alumbraba su recámara, y aunque era tan pequeña no por eso se dejaba de ver el tapiz sucio y descolorido.

Ya estaba su cama hecha y se habia aseado.

Por lo cruel del frio, dos leños ardian melancólicamente en el fondo de la chimenea, tan alta cuanto larga.

Mohicano dormía con las patas cerca del fuego; M. Benito Loyn habia pensado uti-

lizar los ocios de su perro, pero nunca lo habia puesto en práctica.

Un viejo cucú agarrado á la pared, cantó por espacio de un minuto; despues dieron las seis.

Era poco mas ó menos el momento en que Jorge Leslie y el vizconde Enrique se separaba bajo el Telégrafo.

Despues de algunos minutos, el viento sacudia el maderámen, viejo ya, de su habitacion, y se llevaba grandes trozos de nieve.

M. Benito se ocupaba en romper botellas en pedacillos para ponerlos en el plaste de la parte superior de su muro; lo que hacia desde que se levantaba hasta el anochecer, que permanecia sobre la mesa; eran unos bonitos avisos, cuyas viñetas habia pintado él mismo, y que decian en inglés y frances:

SE ARRIENDAN

Varias habitaciones, amuebladas ó desamuebladas, en la célebre villa de Bel-Air, llamada comunmente de Monmartre, calle de Saint-Denis número.

PRECIO CÓMODO.

Hay médico en casa. Se necesitan criado y criada.

Se puede ver á M. Benito Loyn para arreglar con él las condiciones del arrendamiento. La vista principal cae al lado principal de la montaña de Montmartre."

Viajando, se saben los secretos y los tecnicismos de los idiomas extranjeros. M. Benito tenia certeza en unas cartas políglotas que poseía, para atraer á los viajeros ingleses, que son tan amantes del campo como los mismos franceses.

Los ingleses debian pagar un tercio adelantado, porque M. Benoit era muy buen patriota.

No sabemos qué idea se habrá formado el lector de nuestro hombre, segun el dicho del señor vizconde de Villiers, que habia tenido la honra de tenerlo en su casa de criado y compañero de camino; contaria cuarenta años, su talle, corto y grueso, su boca casi se ocultaba entre sus dos robustas mejillas, y tenia una espresion mista con el jocoso reir de los parisienses que des-

cienden de los normandos, su cabellera, áspera y lustrosa, empezaba á encanecer.

Hubiera sido de mas interesante apariencia, si no le afearan algo el mirar falso que se ocultaba bajo las espesas pestañas que casi cubrian sus párpados.

Llevaba un vestido gris forrado de bayeta, que es el uniforme de los comerciantes en vinos; cerca de él, sobre la mesa, habia un registro abierto en el que se veían algunas columnas de guarismos.

En la lumbre se veía un trasto con sopa, que se calentaba á fuego lento.

Mohicano se hacia sordo, se decia á sí mismo cuando rompía las botellas: este animal no piensa mas que en comer y dormir... seria preciso saber cuánto cuestan las trampas de lobos.

—Jamás saldria del apuro, se interumpia apoyando contra su mano la cabeza áspera como una almohaza; si hace uno alguna cosa y la da á guardar, hay quiebras, revoluciones, el diantre sabe cuántas cosas: en cambio, no la tiene uno en su casa, no tiene uno que contarla á mañana y tarde; de qué sirve tener algun ahorro, si no lo pue-

de tener consigo?... Pero en cambio, el dinero que guarda uno no le produce nada, es el mas costoso de todos los lujos... Se inventan muchas cosas estúpidas, y no se ha encontrado aún el modo de que fructifique el dinero enterrado!

No dejó de sonreirse.

M. Benito Loyn no era un hombre muy avaro: es costumbre en los antiguos que ponen su pasion en lo que no pueden alcanzar fácilmente; se burlaba de buena fe consigo mismo, y mostraba una grande alegría en sus conversaciones íntimas, que eran su recreo.

—Bah! dijo aguzando un tiesto de botella—me gusta ver mis ahorros!... será estupidez, pero es mi gusto, aumentaré mi fortuna en los años venideros... sin contar que la edad vendrá en que ya no tendré que comprar, ni buenos cachemires, ni vestidos de olanes; es mejor dejar eso á los templos, pues siempre se halla á precio subido

Al parecer, M. Benito trataba con fineza á las señoras, solamente odiaba á las jóvenes que le obligaban á ser pródigo.

Habreis encontrado por lo menos una vez en vuestra vida la variedad que hay en esos géneos avaros que ocurre á la escesiva economía, aun cuando influye en detrimento de la salud para no sacrificar algo en las dispendiosas tentaciones de la glotonería.

El gran perro flaco á quien Benito habia dado el nombre de *Mohicano* á fin de recordar sus viajes y aventuras, se esperezó en este momento y entreabrió sus ojos en que aún pesaba el sueño.

—Y bien, haragan! dijo Benito, qué hay de raro en eso!.... No oyes pasos en la calle, son las seis dadas, querido.

Mohicano se levantó lentamente y se estiró, despues se apoyó bien, y estiró sus largas piernas dando un ahullido.

Benito palideció.

Por lo que tarde, murmuró, aun habria una hora para ensayar el defenderse de un golpe malo.

XVI.

MOHICANO.—CONTINUA.

Tocaron bruscamente á la puerta.

Corrió á su bureau donde habia dos pistolas y se las echó al bolsillo; tomó tambien su fusil de guardia nacional que estaba contra el muro.

Mohicano olfateaba y tenia los ojos encendidos.

Tocaron segunda vez, y mas fuerte aún que la primera. Benito montó una de sus pistolas.... Sus manos temblaban.

Este hombre habia, á menudo, desafiado á la muerte, pero el soldado intrépido que